

Los lenguajes de la historia: entre el análisis y la narración

History's languages: between analysis and narration

JAUME AURELL
Universidad de Navarra

RECIBIDO: SEPTIEMBRE DE 2012
ACEPTADO: OCTUBRE DE 2012

Resumen: El artículo describe los diversos modos de narrar que han utilizado los historiadores, a lo largo de la historia, para presentar sus textos. Desde la antigüedad clásica al siglo XIX, el estilo hegemónico utilizado por los historiadores fue el narrativo-descriptivo, lo que asimiló sus relatos a la literatura. A partir del historicismo y el positivismo decimonónico, los historiadores utilizaron un lenguaje científico-analítico, importado de las ciencias experimentales. Esto les asimiló a las ciencias sociales, al combinar un lenguaje analítico con el método cuantitativo. Por fin, a partir de los años 1970, los historiadores recuperaron el lenguaje narrativo clásico, pero enfatizando su dimensión interpretativa más que propiamente descriptiva o analítica. El artículo postula una historia de la historiografía desde esta perspectiva y defiende que, utilice el lenguaje que utilice, es responsabilidad del historiador conseguir que su lenguaje no se despeñe ni hacia la ladera del cientifismo anti-humanístico ni hacia la ladera de la retórica anti-referencial.

Palabras clave: Historia de la historiografía; Historia narrativa; Historia científica; Referencialidad.

Abstract: The article describes the diverse narrative forms that historians have used to deliver their texts. From classical antiquity till the 19th century, the prevailing style used by historians was descriptive narrative, which made their accounts a branch of literature. With the emergence of nineteenth-century historicism, historians began to use an analytic scientific language borrowed from the natural sciences. This approached history to social sciences, combining analytic language with quantitative methods. Eventually, starting in the early 1970s, historians restored classic narrative language, but emphasizing the interpretive dimension rather than the strictly descriptive or analytic. The article posits a history of historiography from this perspective and argues that, whatever kind of language he/she uses, the historian has the responsibility to ensure that their language does not veer off either into anti-humanistic scientism or else into anti-referential rhetoric.

Keywords: History of Historiography; Narrative History; Scientific History, Referentiality.

Acometer la cuestión de la narración en la historia es enfrentarse al problema de la capacidad del lenguaje para transmitir la realidad. En la narración histórica, lo que está en juego no es sólo presentar un relato coherente desde el punto de vista formal (algo que es propio también de la literatura), sino además conseguir una adecuación de lo narrado a la realidad del pasado, a través de un lenguaje referencial, lo que afecta al contenido. El lenguaje histórico, a diferencia de la literatura, no es auto-referencial, sino que debe ser un espejo, lo más exacto posible, de la realidad externa al propio texto.

Sin embargo, la necesidad de conseguir un lenguaje referencial implica evidentes dificultades desde el punto de vista epistemológico, y plantea el eterno dilema de si la historia (la escritura histórica) debe ser considerada una ciencia o un arte. Desde mi punto de vista, el debate se complicó, a partir del siglo XIX, cuando la historia aspiró a ser considerada una ciencia. Junto a los evidentes beneficios que esta evolución tuvo para la consolidación del estatuto disciplinar de la historia, también tuvo su lado oscuro. Concretamente, a los historiadores se les exigió que abandonaran el lenguaje narrativo y lo sustituyeran por uno más propio de las ciencias naturales y, ya en el siglo XX, el de las ciencias sociales. De este modo, se les aseguraba (un tanto ingenuamente) el acceso a la realidad del pasado, se imponía la objetividad, y se liberaba a la historia del poderoso (y pernicioso) influjo ficcional de la literatura. La deriva científica de la historia en el siglo diecinueve generó además un problema ético en la historia, porque, al tener que optar por un lenguaje científico propio de las ciencias naturales, se desprendió de buena parte de su contenido propiamente “humano”.

En este artículo voy a intentar justificar por qué las narraciones históricas precisan de un ponderado equilibrio entre una búsqueda honesta de la realidad histórica (lo que afecta al “contenido”) y la necesidad de presentar esta realidad a través de un lenguaje narrativo libre de todo esquematismo científico (lo que hace referencia a la “forma”). Para ello, me voy a basar tanto en mi experiencia personal de historiador como en mis conocimientos de la teoría histórica.

RELATOS HISTÓRICOS SECUENCIALES, NARRATIVOS Y ESTRUCTURALES

Es preciso en primer lugar definir claramente los conceptos que voy a utilizar, sobre todo los de “historia” y “narración”. No se me escapa que historiadores, filósofos, teólogos, críticos literarios y lingüistas pueden partir de diferentes nociones cuando se hace referencia a estos dos términos.

Por “historia” entiendo aquí no tanto “lo que ha sucedido” (“res gestae”) como “la *narración* de lo que ha sucedido” (“historia rerum gestarum”). Es muy significativo que las lenguas románicas, a diferencia de otras lenguas, no hayan conservado la diferenciación entre el aspecto “objetivo-eventual” y el “subjetivo-autorial” de la historia, pero en todo caso se trata quizás de una elocuente ambigüedad, incentivada por la misma evolución del pensamiento occidental. De hecho, Hegel se refería a esta imprecisión del lenguaje como algo más que “un mero accidente exterior”, en el que la dualidad de un mismo significante implicaría algo más que una mera contingencia etimológica.

Entiendo por “narrativa” la organización de cierta información según una secuencia ordenada cronológicamente, disponiendo su contenido dentro de un relato único y coherente, si bien cabe la posibilidad de encontrar vertientes secundarias dentro de la trama. La verdadera narrativa, tanto la referencial como la ficcional, no es por tanto nunca “neutra”, “objetiva”, desde el momento en que se genera una “organización” de una información, y por tanto se produce su manipulación, acorde con la misma naturaleza del proceso autorial. El autor de la narrativa, sea historiador o novelista, funciona por lo menos como intermediario entre los eventos que referencia, inventa, o imagina, y los presenta de forma coherente en su relato. Y ese intermediario nunca puede ser neutro del todo.¹

En esta definición de narración, es importante aclarar que una presentación *secuencial* de un conjunto de acontecimientos no es lo mismo que una presentación narrativa de éstos. La diferencia entre ellos está en que la secuencial abandona cualquier interés por la teleología, mientras que la narrativa la incorpora de modo natural, para conseguir una coherencia en el relato – algo análogo a la clásica diferenciación entre los términos “correlación” y “causalidad”. Cualquier discurso narrativo, sea histórico o literario, es un discurso teleológico, y ésta es la razón por la que la narrativa resulta perniciosa para las ciencias experimentales, y por lo menos sospechosa para las ciencias sociales.

Por tanto, la genuina narración histórica puede perder su propia naturaleza por exceso o por defecto: por exceso, adoptando acríticamente el método de las ciencias experimentales y las ciencias sociales, asumiendo la secuencialidad como objeto final de su discurso; por defecto, quedándose en una pre-

¹ Algo que expresé gráficamente, desde una perspectiva autobiográfica, Howard ZINN, *You Can't be Neutral in a Moving Train: A Personal History of Our Times*, Boston, Beacon Press, 1994.

sentación *meramente* secuencial, al estilo de una transcripción directa de archivo o de una recolección cronológica.

A diferencia del historiador, el autor de literatura de ficción no se plantea ninguna problemática respecto al modo de presentar su relato, porque siempre se mueve en el ámbito natural de la narración. En cambio, la alternativa básica que se le presenta al historiador en su trabajo es optar por una historia *meramente* secuencial, una historia narrativa o una historia estructural. Estos tres tipos de narración se diferencian tanto en el modo de ordenar la información (sucesiva la secuencial, descriptiva la narrativa, analítica la estructural) como en su objeto (los eventos y la cronología en la secuencial, el hombre en la narrativa, y el contexto y las circunstancias en la estructural). La historia narrativa se ocupa de lo particular, lo individual, y lo específico; la estructural se vertebra en torno a lo colectivo, lo social, y lo estadístico; la secuencial lo hace alrededor de los eventos. La narrativa se preocuparía de los relatos, las “historias” (*story*), mientras que la historia estructural se centraría en los “grandes relatos” (*history*), mientras que la secuencial no llegaría ni siquiera a la categoría de “relato histórico”.²

En la historia, el nivel narrativo se consigue con algo más de una pura enumeración cronológica (esto sería más propio de los anales, no de la historia) y también debe superar la fase de una transcripción literal de la documentación. Lo que entendemos por “historia” es algo más que eso. La narración propiamente histórica se estructura en torno a un tema y un argumento, lo que constituye algo así como su levadura, y le lleva más allá que una mera transcripción archivística, enumeración de eventos o recolección científica. Cuando Gibbon escribió, a mediados del siglo XVIII, su “decadencia y caída del Imperio Romano” no sólo describió y analizó ese trascendental evento, sino que al mismo tiempo desarrolló toda su interpretación en torno a las causas y consecuencias de ese desmoronamiento: la trama narrativa no es puramente secuencial, sino teleológica.

Por este motivo, el tono narrativo dota a la historia de una carga subjetiva y personal de la que sería utópico pretender desprenderse, y que no atenúa para nada su rigurosidad y veracidad, porque las categorías “subjetivo-objetivo” son de naturaleza diversa a las de “realidad-ficción”. Por esto siempre he defendido que el historiador se comporta en realidad más como “autor-escri-

² Esta es la teoría que sostuvo, en su diagnóstico del posmodernismo, Jean-François LYOTARD, *La condition postmoderne*, París, Minuit, 1979.

tor” que como un “compilador-científico”, y organiza por tanto la trama según los principios establecidos por él mismo, más o menos conscientemente.³ Esa intención autorial del historiador, como la han denominado algunos críticos literarios, dota a su vez a la narración histórica de un componente poético que es preciso tener presente a la hora de enjuiciar la propia obra histórica.⁴

La narrativa es, en definitiva, un *modo* de escritura histórica. Por tanto, como “modo”, procedimiento o método, afecta esencialmente a la forma, no al contenido. Sin embargo, es esencial a mi argumentación que la elección por parte del historiador de una escritura secuencial, narrativa o estructural afecta también al contenido.⁵ Por tanto, esta elección no tiene sólo unas consecuencias estéticas, sino también éticas.

LA HISTORIA, ENTRE EL LENGUAJE NARRATIVO Y EL LENGUAJE CIENTÍFICO

La narración ha sido una práctica permanente en la historia desde su fundación en la Grecia clásica hasta la emergencia del historicismo y el positivismo, y por tanto la distinción entre una historia narrativa y una historia científico-estructural no aparece propiamente hasta mediados del siglo XIX. Hasta ese momento, la única distinción que podría establecerse era entre una historia secuencial (plasmada en los géneros históricos como los anales y las genealogías medievales, así como en los dietarios de la época moderna) y una historia narrativa (la de las típicas crónicas clásicas y medievales). Sin embargo, con la expansión del positivismo decimonónico y su influencia en el método científico, la historia se dejó seducir por el método propio de las ciencias naturales, obligándole a elegir entre el lenguaje propio de las ciencias humanas o el lenguaje propio de las ciencias naturales.

³ Tesis que he desarrollado en Jaume AURELL, *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia*, Chicago, The University of Chicago Press, 2012, y J. AURELL, “Autobiography as Unconventional History: Constructing the Author”, *Rethinking History: Journal of Theory and Practice*, 10, 2006, pp. 433-449.

⁴ El tema de la intención autorial se ha trabajado desde diversas perspectivas, no sólo desde la crítica literaria: Quentin SKINNER, “Motives, Intentions, and the Interpretation of the Texts,” *New Literary History* 3 (1972), pp. 393-408; Anthony SAVILE, “The Place of Intention in the Concept of Art,” in Harold OSBORNE, ed., *Aesthetics*, Oxford, Oxford University Press, 1972, pp. 158-176; Stein Hangom OLSEN, “Authorial Intention,” *British Journal of Aesthetics* 13, 1973, pp. 219-231; Alun MUNSLOW, *Narrative and History*, New York, Palgrave, 2007.

⁵ Es obligado citar aquí a Hayden V. WHITE, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1989.

Los historiadores historicistas y positivistas asumieron entonces la convicción de que la aplicación rigurosa y sistemática, en el proceso de investigación, de determinados métodos científicos, garantiza un adecuado acceso a la realidad del pasado, al igual que como fruto de una reacción química se obtiene una determinada sustancia si se respetan los procedimientos establecidos. Con este planteamiento, la historia narrativa quedaba automáticamente desautorizada, y era sustituida por un lenguaje propiamente científico, analítico, estadístico y, como lo he denominado al principio, estructural.⁶

Con el tiempo, y con la notable influencia del marxismo, esta tendencia cientifista se acentuaría todavía más, y la historiografía se polarizó hacia el estudio de las sociedades y los grupos en detrimento de las personas, de las estructuras en detrimento de las libertades, de lo contextual en detrimento de lo textual, de lo estadístico en detrimento de lo singular. La historia privilegió, consecuentemente, las estrategias disciplinares que le ligaran a las ciencias sociales, particularmente la economía, la sociología y la demografía. De este modo, se confirmó su confianza en que podía llevarse a cabo una “historia científica” que con el tiempo produjera leyes generalizadas para explicar las transformaciones históricas. De ahí surgió el gran debate de si la historia debe ser incluida entre las ciencias sociales o entre las humanidades –hoy día la balanza está claramente inclinada hacia las segundas, pero no siempre ha sido así durante los dos siglos pasados.

Si en sus orígenes el discurso histórico había pretendido diferenciarse del discurso literario sólo en virtud de su contenido (seleccionando exclusivamente acontecimientos reales y verificables en lugar de los imaginarios, épicos o míticos) y no por su forma (ya que la narración histórica de Heródoto era formalmente asimilable a la narrativa épica de Homero), durante el siglo XIX la historia pretendió distinguirse de la literatura tanto en su contenido como en la forma. Esto hizo que la ruptura entre historia y literatura se hiciera entonces mucho más evidente que en el mundo clásico, medieval y renacentista, porque lo que se estaba dirimiendo no era sólo una cuestión “de contenido” sino que afectaba también a las propias formas de representación.

En todo caso, la apuesta por un lenguaje científico propio de las ciencias naturales tuvo serias consecuencias para la propia escritura histórica. Como

⁶ Me baso también en José Carlos BERMEJO BARRERA, *Sobre la historia considerada como poesía*, Madrid, Akal, 2005, p. 6.

ha apuntado Carlo Ginzburg, “el enfoque cuantitativo y anti-antropocéntrico propio de las ciencias de la naturaleza colocó a la historia en un desagradable dilema, ya que los historiadores debían adoptar un criterio científico poco sólido con objeto de ser capaces de obtener resultados significativos o bien adoptar un criterio científico firme que alcanzara resultados que no tengan gran importancia”.⁷

Ciertamente, todo el que se haya acometido a una investigación histórica ha experimentado, más o menos explícitamente, esta dicotomía, que le lleva a la necesidad de decantarse por un lenguaje narrativo o por el científico. El historiador se mueve, en efecto, entre la impersonalidad de las estadísticas –que le otorgan legitimidad científica pero le desvían de su verdadero objeto, le lleva a alcanzar resultado de escasa entidad, y le hacen optar por un lenguaje esquemático– y la exposición de casos aislados o singulares, que le hacen perder rigor científico por su falta de representatividad pero le hacen ganar en cercanía a su objeto principal y le acercan a un lenguaje verdaderamente “humano”.

La argumentación mediante ejemplos selectivos sigue siendo sospechosa desde el punto de vista de la fiabilidad histórica, porque se considera que es simplemente un recurso teórico y no una prueba científica. Sin embargo, la reciente revitalización de los géneros relacionados con la narración de una sola vida (la biografía y la autobiografía) es sintomática del mayor equilibrio existente hoy día entre los dos términos de la ecuación planteada por Ginzburg.

En todo caso, y muy significativamente (y yo diría también “naturalmente”) el proceso de des-narrativización de la historia fue concomitante a la ocupación por parte de la literatura realista decimonónica del espacio disciplinar liberado por la historia. La narración se vengaba así de la deserción de la historia, y fue la literatura quien ocupó el espacio de lo real, particularmente expresivo en el caso de la literatura rusa de un Tolstoi y Dostoyevski, pero también de la francesa de un Proust, de la inglesa de un Joyce, de la italiana de un Manzoni o de la española de un Pérez-Galdós. Esta evolución confirma la intuición de Erich Auerbach, quien ha postulado que el mundo occidental ha buscado afanosamente el “realismo” en todas sus manifestaciones literarias. En el curso de esta carrera, paradójicamente, la historia se desprendió de su carácter narrativo, mientras que la literatura lo reforzó.⁸

⁷ Carlo GINZBURG, “Roots of a Scientific Paradigm”, *Theory and Society*, 7, 1979, p. 276.

⁸ Erich AUERBACH, *Mimesis: la representación de la realidad en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950.

De hecho, hay también un itinerario hacia el realismo desde el punto de vista artístico. Ernst Gombrich ha hallado el origen del realismo pictórico del arte occidental en el esfuerzo de los artistas griegos por trasladar a términos visuales las técnicas narrativas de los escritores épicos, trágicos y, más interesante todavía para el caso que nos ocupa, históricos. Hay una diferencia sustancial entre la sobredeterminación conceptual del arte míticamente orientado del Próximo Oriente y la narrativa antimítica de los griegos, así como entre los estilos narrativos Homero y Heródoto. Como consecuencia, los tres principales modos de representar la realidad (histórico, literario, y artístico) han reflejado su aspiración al “realismo”. Pero, paradójicamente, cuando la historia aspiró a una historia más “científica”, es precisamente cuando más perdió su referencia con lo real, esquematizándola y reduciendo la realidad en “grandes relatos”, algo sobre lo que reaccionó violentamente la primera generación postmoderna.⁹

LA HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA SEGÚN LA TRAMA NARRATIVA

Desde mi punto de vista, y sin excluir otras aproximaciones, la evolución de la historiografía occidental, desde el mundo clásico a la actualidad, se podría reescribir también desde otra perspectiva, partiendo de este dilema binario: la opción por una historia narrativa de carácter humano o una historia científica de carácter estructural. De este modo, se podrían distinguir tres fases. Una primera abarcaría desde las narraciones clásicas hasta el romanticismo decimonónico, una segunda desde el historicismo decimonónico a la decadencia del marxismo, y la tercera, a partir de los años setenta a la actualidad, englobada genéricamente como “postmodernidad”.

En la primera fase, la más extensa cronológicamente, predominaría la narración histórica como modo de transmisión de la realidad del pasado. Desde Herodoto, Tucídides y Tácito hasta el ilustrado Gibbon y el romántico Michelet, la composición de una narrativa expresada en una prosa elegante y vívida se consideró siempre la más grande ambición para los historiadores.

En la Antigüedad, la historia era una rama de la retórica. En la Biblia tenemos más de un testimonio elocuente al respecto. El compilador del libro de

⁹ Desde el punto de vista estrictamente historiográfico, me es difícil encontrar un diagnóstico mejor de ese momento que el de Ernst BREISACH, *On the Future of History. The Postmodernist Challenge and Its Aftermath*, Chicago, The University of Chicago Press, 2003.

los Macabeos concluye su vívida narración con una reflexión sobre la importancia del ritmo y la belleza del relato:

“Yo también terminaré aquí la narración. Si la composición ha quedado bella y bien compuesta, eso es lo que yo quería; si resulta de poco valor y mediocre, esto es lo que he podido hacer. Así como beber vino solo –lo mismo que el agua sola– es perjudicial, mientras que el vino mezclado con agua es saludable y tiene un agradable sabor, así también la estructura del relato debe agradar a los oídos de los que llegan a leer la composición.”¹⁰

Durante la edad media, el género histórico por excelencia fueron las crónicas. Ellas superaron el lenguaje esquemático de los tradicionales anales y de las rígidas genealogías, utilizando como alternativa unas narraciones lineales cuyo entramado solía estar vertebrado en torno a la evolución de los reinos y condados, las narraciones épico-caballerescas o las biografías de los reyes. Las crónicas pasaron a formar parte del género de las “narraciones de la realidad” frente a las ficcionales, pero seguían de hecho estrechamente vinculadas a los modelos surgidos de la literatura, de los que asumían no sólo sus aspectos formales (el estilo narrativo) sino incluso aquellos que afectaban al contenido, como sus personajes legendarios o las tramas más usuales.¹¹ A partir del renacimiento, la historia empezó a someterse a las reglas de la crítica textual, pero significativamente ésta surgió de quienes se dedicaban al análisis de la litera-

¹⁰ Segundo Libro de los Macabeos, cap. 15, vers. 37-39 (Traducción en *Sagrada Biblia. Antiguo Testamento. Libros Históricos. Traducción y Notas*, Pamplona, Eunsa, 1999, pp. 1437-1438)

¹¹ Algunos estudios sobre esta cuestión: Gabrielle M. SPIEGEL, *The Past as Text. The Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1997; G.M. SPIEGEL, *Romancing the Past. The Rise of Vernacular Prose Historiography in Thirteenth-Century France*, Berkeley, University of California Press, 1993; Lee PATTERSON, *Negotiating the Past: The Historical Understanding of Medieval Literature*, Madison, University of Wisconsin Press, 1987; Nancy F. PARTNER, *Serious Entertainments. The Writing of History in Twelfth-Century England*, Chicago, University of Chicago Press, 1977; Brian STOCK, *The Implications of Literacy. Written Language and Models of Interpretation in the Eleventh and Twelfth Century*, Princeton, Princeton University Press, 1983; R. Howard BLOCH, *Etymologies and Genealogies. A Literary Anthropology of the French Middle Ages*, Chicago, University of Chicago Press, 1983; Zrinka STAHLJAK, *Bloodless Genealogies of the French Middle Ages. Translatio, Kinship, and Metaphor*, Gainesville, University Press of Florida, 2005; Virginie GREENE, ed., *The Medieval Author in Medieval French Literature*, New York, Palgrave Macmillan, 2006; Jeanette M. BEER, *Narrative Conventions of Truth in the Middle Ages*, Genève, Librairie Droz, 1981; Georges MARTIN, *Les juges de Castille. Mentalités et discours historique dans l'Espagne médiévale*, Paris, Klincksieck, 1992.

tura más que de los propios historiadores, que se dedicaron más bien a la redacción de dietarios o la recopilación de datos cronológicos.¹²

Todo cambió, sin embargo, con la eclosión del historicismo germánico a mediados del siglo XIX, con la figura hegemónica de Leopold von Ranke. Durante un siglo y medio (aproximadamente entre 1830 y 1970), la historia apostó decididamente por un lenguaje propio de las ciencias experimentales, asfixiando al protagonista natural de la historia (las personas) a favor del paisaje, las estructuras sociales y económicas, las clases, las estadísticas, la serialidad y la secuencialidad. Esa fase, que algunos han denominado “la dictadura de los paradigmas” (especialmente a partir de la segunda guerra mundial), se prolongaría hasta los años setenta del siglo pasado, con la decadencia del marxismo, el estructuralismo y el cuantitativismo.¹³

Los historiadores de los paradigmas lograron, en efecto, un lenguaje científico a través de sus masivas investigaciones y de la aplicación de la estadística a su documentación, pero se dieron cuenta, en la madurez de sus carreras, de que en el camino se habían dejado dos aspectos esenciales: la pérdida del lenguaje narrativo y la escasa representatividad de sus resultados. También experimentaron que, con la deriva científica de sus narraciones, habían quebrado el vínculo que les mantenía unidos a los lectores tradicionales de la historia, quienes desconfiaron de su lenguaje científico, jergal y academicista.¹⁴ El resultado de toda esta evolución fue el descrédito y, finalmente, la pérdida, del tono narrativo en la historia.

Hubo entonces, hacia los años setenta del siglo XX, un interesante momento liminar con la expansión de la “historia de las mentalidades”, que había

¹² Anthony GRAFTON, *What was History? The Art of History in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007; P. BURKE, *The Renaissance Sense of the Past*, Nueva York, St. Martin, 1970. Un ejemplo muy ilustrativo de esta tendencia de la historiografía moderna en James AMELANG, *The Flight of Icarus. Artisan Autobiography in Early Modern Europe*, Stanford, Stanford University Press, 1998.

¹³ Lawrence STONE, “The revival of narrative: reflections on a new old history”, *Past and Present. A Journal of Historical Studies*, 85, 1979.

¹⁴ Recientemente, algunos historiadores han descrito gráficamente esta evolución intelectual e historiográfica en sus propias narraciones autobiográficas: William H. SEWELL, jr., “The Political Unconscious of Social and Cultural History, or, Confessions of a Former Quantitative Historian”, en *Logics of History*, Chicago, The University of Chicago Press, Chicago, 2005, pp. 22-80; Gabrielle M. SPIEGEL, “France for Belgium”, en L.L. DOWNS, y S. GERSON, eds., *Why France? American Historians Reflect on an Enduring Fascination*, Ithaca, Cornell University Press, 2007, pp. 89-98; Natalie Z. DAVIS, *A Life of Learning*, New York, American Council of Learned Societies, ACLS Occasional Paper 39, 1997; Geoff, ELEY, *A Crooked Line: From Cultural History to the History of Society*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2005.

optado por un lenguaje todavía científico, donde las estadísticas predominaban sobre las narraciones, pero cuyos temas (la vida privada, la infancia, la muerte, los marginados, los sentimientos, las emociones, las normas de comportamiento, la higiene, los valores, los estados mentales) entraban ya de lleno en las nuevas sensibilidades historiográficas.¹⁵

La tercera y última fase se iniciaría en los años setenta, con la eclosión del postmodernismo y las corrientes historiográficas asociadas a los giros lingüísticos y culturales, como la nueva historia narrativa y la nueva historia cultural. Durante aquellos años, los historiadores se dieron cuenta de que habían desgajado a la historia de su instrumento más original y natural, de elemento más “humano”: la narración. Ellos buscaron desenmascarar el formalismo que subyacía en buena parte de las aspiraciones científicas de la historia, especialmente en experimentos como el marxismo, el estructuralismo o el cuantitativismo. Se fue imponiendo la idea de que la *apariencia* científica en los libros de historia (manifestada en la proliferación de las notas, el uso abundante de los epígrafes, la presentación de estadísticas) no aseguraba necesariamente su referencialidad, y que ésta se garantizaba por la honestidad del historiador más que por la coherencia formalmente científica de sus procedimientos y métodos.

Las bases teóricas de esta recuperación del tono narrativo fueron puestas gracias a las teorías procedentes de la filosofía y la crítica literaria, por un lado, y la práctica histórica, por otro. Esta innovación se concretó en cuatro ámbitos. En primer lugar, el representado por ciertos filósofos analíticos angloamericanos (Patrick Gardiner, William H. Dray, Morton White, Arthur Danto, Louis O. Mink), quienes intentaron establecer el estatuto epistemológico de la narratividad, considerado como el tipo de explicación más acorde con la naturaleza de los procesos históricos y humanos, frente a los naturales y experimentales¹⁶. Un segundo grupo fue el de ciertos historiadores orientados hacia las ciencias sociales, como el grupo francés de la tercera generación de los *Annales* (François Furet, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie), quienes todavía consideraban la historiografía narrativa como no científica, pero apostaron decididamente por la rehabilitación de unos temas

¹⁵ Michel VOVELLE, *Idéologies et mentalités*, París, Maspero, 1982 ; uno de sus principales practicantes se refirió a este asunto en su autobiografía: Georges DUBY, “Mentalités”, en *La histoire continue*, París, Odile Jacob, 1991, pp. 115-126.

¹⁶ Algunos ejemplos: Patrick GARDINER, ed., *Theories of History*, Londres, 1959; William H. DRAY, *Philosophy of history*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1964; F.R. ATKINSON, *Knowledge and Explanation in History*, Londres, Macmillan, 1978.

que daban pie a que el hombre volviera a ser el centro del relato histórico¹⁷. El tercer grupo fue el de algunos teóricos de la literatura y filósofos de orientación semiológica que han sido posteriormente situados en la órbita del postmodernismo: Ronald Barthes, Michel Foucault, Jacques Derrida, Julia Kristeva, Tzvetan Todorov. Estos intelectuales analizaron la narrativa considerándola un “código” discursivo que puede ser más o menos fiable para la representación de la realidad, pero que se muestra en todo caso como el único posible¹⁸. El cuarto grupo lo constituyeron algunos filósofos de orientación hermenéutica, como Hans Gadamer, Paul Ricoeur y Michel de Certeau, que consideraron la narrativa como un discurso de un tipo específico de conciencia temporal o estructura del tiempo¹⁹.

En el campo más específicamente historiográfico, En 1966, el historiador norteamericano Hayden White desenterró el hacha de guerra, al publicar un artículo en *History and Theory* en el que acusaba a los historiadores de no tener ni el rigor de las ciencias naturales ni la imaginación de la literatura²⁰. Allí apostaba audazmente por una transformación de los estudios históricos, para permitir al historiador participar activamente en la liberación del peso de la historia, demasiado lastrada por una concepción excesivamente rígida y formalista, importada de los métodos de las ciencias experimentales. Muchos historiadores consideraron sus ideas como un intento de evaporización de la historia, diluida entre los cantos de sirena de la ficción y perdida toda especificidad ante el predominio disciplinar de la literatura.

Se produjo así, siguiendo la terminología de Thomas Khun, un cambio de paradigma en la historia.²¹ Sin embargo, además de su ruptura radical con la fase historiográfica anterior, los relatos de los nuevos historiadores también contrastaban con los historiadores narrativos tradicionales. En primer lu-

¹⁷ Philippe Carrard rescató en su bello libro la dimensión más “narrativista” de los *Annales*, que habría actuado como de “precursores” de esta corriente: Philippe CARRARD, *Poetics of the New History. French Historical Discourse from Braudel to Chartier*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992.

¹⁸ Para una perspectiva global de las aportaciones de este grupo: Paolo VALESIO, *The Practice of Literary Semiotics: a Theoretical Proposal*, Urbino, Università di Urbino, 1978 y el ya citado Ernst BREISACH, *On the Future of History*, Chicago, University of Chicago Press, 2003.

¹⁹ Michel de CERTEAU, *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975; Paul RICOEUR, *Temps et récit*, París, Seuil, 1983-1985, 3 vols. ; Hans G. GADAMER, *Le problème de la conscience historique*, París, Seuil, 1996.

²⁰ Hayden WHITE, “The Burden of History”, *History and Theory*, 2, 1966, pp. 111-134.

²¹ Thomas S. KUHN, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, The University of Chicago Press, 1970.

gar, gracias a la influencia de las nuevas tendencias antropológicas, el protagonismo de la narración había pasado de los personajes poderosos (reyes, héroes, grandes caballeros y militares) a los anónimos y marginales, gente corriente. En segundo lugar, por la influencia de la propia evolución de la historiografía, la pura descripción narrativa se combinaba ahora con naturalidad con los juicios interpretativos del historiador, por lo que la presencia del autor de la narración se hacía más explícita. En tercer lugar, por la influencia de la novela moderna, se exploraban cuidadosamente las intenciones y los sentimientos de los personajes analizados, así como el significado simbólico de sus actuaciones.

Por fin, la trama narrativa se solía centrar en un sujeto singular, más que en la representatividad fruto del análisis estadístico de muchos datos: un personaje, una pequeña localidad, o un único episodio dramático. Estos sujetos singulares se elegían no por lo que representan en sí mismos, sino más bien con objeto de arrojar luz sobre los mecanismos internos de una cultura o una sociedad del pasado. Este es el sentido del subtítulo que Carlo Ginzburg (hijo, por cierto, de la novelista Natalie Ginzburg) le dio a su libro sobre el molinero italiano: “el cosmos según un molinero del siglo XVI”.²² Paradójicamente, desde la exposición y análisis de un microrrelato, los nuevos narrativistas aspiraban conseguir la construcción de un macrorrelato.²³

CONCLUSIÓN: HISTORIA, POESÍA, AUTORÍA

La intuición poética es un buen complemento para el estudio de la dialéctica entre historiadores “narrativistas” y “estructuralistas”, Siempre que profundizo en este tema, me vienen a la mente el poema de Antonio Machado sobre las dos Españas. El poeta castellano supo sintetizar, en ocho versos, lo que a los historiadores nos ha llevado mucho tiempo descifrar, y lo hizo además con unos cuantos años de anticipación:

YA HAY UN ESPAÑOL QUE QUIERE
vivir y a vivir empieza

²² Carlo GINZBURG, *El queso y los gusanos: el cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Península, 2001.

²³ Carlo GINZBURG, “Microstoria: due o tre cose che so di lei”, *Quaderni Storici*, 86, 1994, pp. 511-539; Justo SERNA y Anaclet PONS, *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Madrid, Cátedra, 2000.

entre una España que muere
y otra España que bosteza

Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios,
una de las dos Españas
ha de helarte el corazón²⁴

La intuición poética no es (no debe ser) patrimonio del historiador. Pero a mí no me cabe duda de que los historiadores deberíamos ser, por lo menos, algo más sensibles a la capacidad de la literatura y la poesía de representar la realidad, aunque ellas lo hagan a través de un lenguaje formalmente ficcional, pero que desde el punto de vista material puede llegar a expresar verdades más profundas que las que transmitimos los historiadores con nuestros relatos factuales. Es obvio que el nuestro es otro procedimiento, exento de la ficción, pero también que literatos y poetas son capaces de expresar esferas de la realidad a las que los historiadores no pueden llegar.

Negar que la literatura y la poesía tienen algo válido que enseñarnos sobre la realidad va contra el sentido común. Como consecuencia, las narraciones literarias y poéticas pueden ser consideradas también como una “fuente” propiamente histórica, particularmente iluminadora en cuestiones relacionadas con la historia intelectual y cultural. Lo esencial aquí es que el historiador sepa poner en relación el texto en su contexto, tal como han postulado recientemente las tendencias asociadas al Nuevo Historicismo, con el crítico literario Stephen Grenblatt a la cabeza, o los movimientos asociados al Nuevo Medievalismo.²⁵

Además, también desde un punto de vista teórico, la historia ha sido deudora de los postulados generados por la crítica literaria, particularmente desde los años setenta del siglo pasado. Por citar sólo algunos ejemplos, de Paul Ri-

²⁴ Antonio Machado, *Poesías Completas*, “Proverbios y cantares”, Madrid, Espasa-Calpe, 1971, pp. 162-163 (la poesía fue publicada originariamente en 1913).

²⁵ He profundizado en esta cuestión, desde la perspectiva del medievalismo, en Jaume AURELL, “El Nuevo Medievalismo y la interpretación de los textos históricos”, *Hispania. Revista Española de Historia*, LXVI, 2006, pp. 809-832. Sobre el nuevo historicismo, Stephen GREENBLATT, *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare*, Chicago, University of Chicago Press, 1980; Catherine GALLAGH y Stephen GREENBLATT, *Practicing New Historicism*, Chicago, University of Chicago Press, 2000; Lee PATTERSON, “Introduction: Critical Historicism and Medieval Studies,” en Lee PATTERSON, ed., *Literary Practice and Social Change in Britain, 1380-1530*,

coeur la historia ha entendido que narración no es sinónimo exclusivamente de ficción; de Mikhail Bakhtin ha hecho propia la idea del texto como una diálogo entre el autor y el lector, y de Northrop Frye la posibilidad de considerar los escritos históricos como textos literarios y, por tanto, susceptibles de ser interpretados con unas claves análogas a las narraciones de ficción.

Junto a esto, el historiador debe por lo general incentivar algo más su propia imaginación, no para “inventar” sino precisamente para ahondar en el conocimiento del pasado. Esta afirmación hubiera sido una herejía hasta hace poco, pero historiadoras como Natalie Davis han legitimado a través de sus propias narraciones históricas y de la consistente defensa teórica del denso concepto de “imaginación histórica”. Se trata de una imaginación que, lejos de entregarse a la ficción, busca completar las lagunas que presenta la documentación en un ejercicio casi detectivesco, así como indagar en ese tipo de eventos que por el hecho de ser no-materiales no dejan de ser históricos, como por ejemplo las intenciones de los personajes, su carácter, su personalidad, sus ideales, sus valores, sus pasiones, su psicología. Cualquiera que haya leído “El regreso de Martin Guerre” entenderá que me estoy refiriendo a una narración histórica completamente legítima desde el punto de vista “científico”, pero que al mismo tiempo aspira a ser una obra literaria.²⁶

Por otra parte, es conocida la aseveración aristotélica de que el ámbito de la poética es superior al histórico, porque se refiere a lo posible y a lo universal frente a lo real y lo particular. Sin embargo, lejos de amilanarse con esta pretendida inferioridad de la historia respecto a la poética, es tarea de los historiadores dignificar su oficio a través del intento de conseguir relatos de suficiente valor “universal”, aunque estén bien anclados en lo real. Esta es, al menos, la impresión que he tenido durante estos últimos años, al leer los formidables relatos históricos de historiadores como Le Roy Ladurie, Georges Duby, Carlo Ginzburg, Simon Schama, Robert Darnton, Natalie Davis, Lynn Hunt, Gabrielle Spiegel o José Enrique Ruiz-Domènec.

Berkeley, University of California Press, 1990, pp. 1-14; Brook Thomas, *The New Historicism and Other Old-Fashioned Topics*, Princeton, Princeton University Press, 1991); H. Aram VEESER, ed., *The New Historicism Reader*, New York, Routledge, 1994. Sobre el nuevo medievalismo, Paul FREEDMAN y Gabrielle M. SPIEGEL, “Medievalisms Old and New: The Rediscovery of Alterity in North American Medieval Studies,” *American Historical Review*, 103, 1998, pp. 677-704; Marina S. BROWNLEE, Kevin BROWNLEE, Stephen G. NICHOLS, ed., *The New Medievalism*, ed., Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991; Richard UTZ and Tom SHIPPEY, eds., *Medievalism in the Modern World*, Turnhout, Brepols, 1998.

²⁶ Natalie Z. DAVIS, *El regreso de Martin Guerre*, Barcelona, Bosch, 1982.

La evolución del tono narrativo de la historia nos confirma que la distinción entre historia y literatura no radica en su forma narrativa sino en su contenido, real en la primera, imaginativo en la segunda. Lo que ha acreditado a los historiadores de todos los tiempos no es su grado de “cientificidad” sino su capacidad para narrar bellamente una historia real a través de un discurso referencial. Esto es lo que ha hecho grandes a Heródoto y Tucídides, a Froissart y Muntaner, a Gibbon y Michelet, a Huizinga y Kantorowicz, al Thompson culturalista y post-marxista, y, en estos últimos decenios, a Duby, Ginzburg, Darnton y Davis. Me temo, sin embargo, que las obras de los historiadores que se dejaron llevar por los cantos de sirena más científicas, entre los que lógicamente habría que destacar a Fernand Braudel y Eric Hobsbawm, no conservaran esta etiqueta de “clásicos”, aunque ciertamente conservarán su prestigio bien merecido como líderes generacionales e innovadores desde el punto de vista historiográfico.

Para terminar, soy consciente de que en esta exposición me he movido a un nivel teórico y, sobre todo, demasiado global como para entrar en el detalle de la aplicabilidad de la narración a los distintos tipos de géneros históricos. Es obvio que la narración surgirá más natural cuando el objetivo primario de una representación histórica sea contar una historia, un evento, una vida, más que cuando sea describir una situación, analizar un proceso histórico o interpretar unas ideas. Estos objetivos primarios vendrán además muy condicionados por el tipo de documentación disponible en cada caso: no es lo mismo contar con la documentación emanada de un proceso judicial de un molinero italiano del siglo XVI cuya afición por la lectura despertó sospechas de heterodoxia (un caso ideal para contar *una* historia) que analizar la documentación fiscal de una villa francesa del siglo XVII, para estudiar su evolución económica. En cualquier caso, lo que estoy postulando es que los historiadores tengamos más presente en nuestros trabajos la propia naturaleza narrativa de los eventos, personas, o sociedades que analizamos, lo que debería reflejarse también naturalmente en la naturaleza narrativa de nuestros escritos.

El eterno retorno del relato asegura la natural convergencia entre las diversas ciencias humanas y sociales, condición necesaria en toda aspiración a la fiabilidad de la narración histórica y el debate interdisciplinar. Los experimentos historiográficos basados en una excesiva polarización hacia una determinada disciplina social –la economía en el marxismo, la geografía y demografía en el estructuralismo, la sociología y la estadística en el cuantitativismo, la lingüística en el deconstruccionismo y el postestructuralismo– han dado

como fruto una reducción excesiva de la realidad del pasado, que repercute en la pérdida del sentido común y la objetividad histórica, así como en la utilización de un lenguaje excesivamente jergal.

Paradójicamente, las supuestas claudicaciones de la historia a favor de la narración en general y la literatura en particular, acentuados en estos últimos tres decenios, no han hecho perder vigor epistemológico a la disciplina histórica. Más bien al contrario, pues el debate teórico se ha acrecentado, la historiografía ha consolidado su estatus como subdisciplina de la historia y ha aumentado el diálogo interdisciplinar, especialmente con la crítica literaria, la lingüística y la antropología, unas disciplinas desde luego más humanas que las propiamente sociales de la economía, la sociología, y la demografía.

Siempre he pensado que las manifestaciones más radicales, más espurias, del postmodernismo provienen de una reacción violenta frente al lenguaje constructivista del marxismo (crítica del construccionismo de donde surge el de-construccionismo) o frente al lenguaje estructuralista del materialismo histórico (de donde surge el post-estructuralismo). Hoy, por fortuna, la historiografía parece haber superado tanto los reduccionismos de los paradigmas de posguerra como la radicalidad de los movimientos postmodernos, y transita por lo que algunos han denominado las “terceras vías” como la nueva historia narrativa y la nueva historia cultural. La historia se ha hecho más humana, porque las metanarraciones estructurales y marxistas han sido sustituidas por los pequeños relatos y las narraciones personales. Entre ciencia y ficción, la historia parece discurrir siempre al borde del abismo, buscando su propia vía. Es responsabilidad nuestra hacer que no se despeñe ni hacia la ladera del cientifismo anti-humanístico ni hacia la ladera de la retórica anti-referencial.